

Manuel Peña Díaz, *Andalucía: Inquisición y Varia Historia*, Huelva, Universidad de Huelva, 2012, 312 pp., ISBN: 978-84-15633-33-4.

MANUEL JOSÉ DE LARA RÓDENAS

No sé cuándo lo dije, y ni siquiera recuerdo ahora si lo he escrito, pero sigo estando convencido de que la historia no tiene sentido si no comenzamos por la historia del historiador. Es una frase banal, como la mayoría de las que se dicen, y no descubre nada que no se sepa desde antiguo, pero la recordé mientras leía el libro *Andalucía: Inquisición y Varia Historia* de Manuel Peña Díaz, un lúcido historiador que ha dedicado muchas horas a desentrañar las claves de la Historia cultural española en la Edad Moderna y a quien debemos obras decisivas en torno al mundo del libro y la producción editorial, la censura, la Inquisición y tantos temas en que viene trabajando desde hace tiempo. Yo puedo decir, como mi maestro León Carlos Álvarez Santaló, que “he leído tanto como cualquiera, menos que muchos, más que la mayoría”, y, sin embargo, hace tiempo que no encontraba una introducción a un libro de historia tan honda en lo personal, tan explicativa en lo profesional y con tantos elementos para considerar que lo personal y lo profesional están aquí íntima y emotivamente entrelazados.

“Mi curiosidad por conocer el pasado comenzó en un paseo con mi padre por las calles de mi pueblo”. Las buenas historias empiezan así y prácticamente todos tenemos de una manera u otra ese comienzo. Posiblemente yo sea de los pocos en este país a los que no les gusta *La sombra del viento* de Ruiz Zafón, pero de modo parecido comienza también la novela, con un padre y un hijo caminando “por las calles de una Barcelona atrapada bajo cielos de ceniza”. Tal vez lo he recordado por lo de Barcelona, que juega tan importante papel en los perfiles personales e historiográficos de Manuel Peña. Aquí los cielos son los de Paymogo, menos cenicientos y aún más importantes, aunque también la cosa va de libros y de memorias. El *introito* de la obra es una reflexión acerca de una búsqueda de respuestas históricas a situaciones que el autor vive a lo largo de los años y que lo empujan, en compañía de maestros, profesores e historiadores a los que rinde un cálido homenaje, a hacerse él mismo historiador. Entre los episodios que cuenta, todos ellos reveladores de una época especialmente interesante de la historia reciente de España, que también lo ha marcado a él, me quedo con aquel comentario que le hiciera su profesora de geografía humana en las clases nocturnas del instituto

al que Manuel Peña acudía después de trabajar como mecánico: que se lavara las manos ennegrecidas. No sé si el autor las ha puesto adrede en la portada, supongo que no, pero en ella aparecen unas manos junto a un libro (las de la Virgen de la Anunciación de Antonello da Messina). Y yo las veo limpias, bien perfiladas, y pienso que para hacer buena historia, como Manuel Peña, para comprender y explicar al ser humano desde dentro, hay que ensuciárselas, metiendo las manos en la masa y, después, si es necesario, llenándose las botas de barro.

El libro *Andalucía: Inquisición y Varia Historia* es una obra muy personal, aunque no de esta manera autobiográfica. Casi permanentemente domina en él la pasión de análisis y el pulso historiográfico, tan bien llevados, pero otras veces aparece en superficie la veta subterránea de escritor a la que nunca renuncia. Suele pasarles a los buenos historiadores, a quienes, en un momento u otro, la precisión de la fuente se les vuelve insuficiente y tienen que echar mano de la libertad de vuelo que dan las palabras. Lo decía Alfred E. Housman: “La precisión es un deber, no una virtud”. Manuel Peña cumple con el deber de ser preciso e intachable en lo técnico y en lo profundo del conocimiento, pero después tiene la virtud de poder explicar, con inteligencia y sabiduría (que no es sólo conocimiento), la raíz fieramente humana que hay en cualquier materia de historia. Y eso lo hace con las palabras (¿con qué, si no?), con su sutileza de pensamiento y con un permanente barbiquí crítico, de naturaleza ética.

En el libro se reúnen 27 trabajos que el autor ha reunido sin obsesionarse –toda obsesión es mala y la historiográfica es malísima, podríamos decir, parodiando a Cervantes– con un criterio de coherencia temática, aunque todos tienen en común que van referidos a Andalucía y que por detrás del conjunto está presente (a veces de manera contundente, a veces intuida y otras veces me lo imagino yo) la sombra de la Inquisición, como un ojo censor, vigilante, que adopta mil formas además de la puramente institucional. No en vano, a pesar de la multiplicidad de materias y enfoques, el libro lleva el término “Inquisición” en el título y a ella dedica tres de los trabajos más extensos y mejor situados en el índice. Pero también se abordan en otros sitios los marranos y los sambenitos, la censura y la libertad de imprenta y muchos ámbitos de estudio en que suelen coexistir represión y resistencia, ampliamente entendidos (aunque también está la represión estrictamente entendida y su resistencia consecuente). Quiero decir que puede encontrarse un hilo conductor a través de la diferencia de temas y formatos: el de las tensiones entre una sociedad que quiere vivir y expresarse y unos mecanismos de control que quieren vivir y expresarse por ellos. Esto no es todo el libro, pero es posible que pueda entenderse así.

Hay más cosas, desde luego, y en todas está Manuel Peña en estilo e intención. El primer capítulo, dedicado a la cartografía histórica de Andalucía, es una buena forma de introducir territorialmente lo demás, pero el eco que trae es más profundo: la imagen de aquellos “mapas de Venezuela, postales de playas caribeñas,

bolívares, cuentos de exiliados andaluces”, que guardaba la maleta de su padre, revueltos entre los recuerdos de su vida en Caracas. En el fondo, vivimos siempre de esa maleta. Manuel Peña lo reconoce, escribiendo sobre su libro de una forma más global: “Mi pasión por los mapas deviene de aquella geografía imaginaria de mi infancia, mi interés por la Inquisición procede de aquellas clases magistrales de Ricardo y mi inclinación por la historia cultural es una deuda con Roger Chartier y Fernando Bouza”. A nadie escapa que Ricardo es Ricardo García Cárcel, cuyo magisterio se reconoce en el autor y al que éste corresponde con sus obras. En el libro se reproduce, por cierto, una interesante entrevista que hace Peña a García Cárcel sobre el asunto de la memoria histórica, visto por tanto a través de un historiador, no de un político, lo que por desgracia no es tan común como debería. Luego hay textos de más breve formato, de un concepto más periodístico (publicados en su mayoría en la revista *Andalucía en la Historia*, que él dirige), en que Manuel Peña se introduce en momentos de la época contemporánea (guerra, represión franquista, contrabando, emigración,...) de modo más relajado, a partir de pinceladas rápidas, pero blandiendo el pincel con comentarios agudos y sin esconder nunca una opinión o incluso una pasión legítima. Porque la historia, naturalmente, no es una disciplina aséptica y pasteurizada y, si lo es, no es nada.

Encabeza el libro una larga cita de los *Ensayos* de Montaigne, en la que éste afirma, entre otras cosas: “No he hecho más mi libro de lo que mi libro me ha hecho a mí”. Es una forma hermosa de decir lo implicados que están el autor y la obra y de reconocer que ambas cosas participan de la misma substancia aristotélica. Michel de Montaigne está de plena actualidad. Desde el ensayo de Jorge Edwards hasta la biografía *sui generis* (pero espléndida) de Sarah Bakewell, Montaigne ha vuelto a nosotros con su carga de sentido común, de humanismo sin estridencias y de búsqueda del tiempo lento. Creo que Manuel Peña ha acertado al invocarlo, porque su libro es el producto de una madurez historiográfica, serena pero no contemplativa, y resume quince años de esfuerzo y estudio cuyos resultados dispersos alcanzan, reunidos aquí, una súbita coherencia de tono. Dice el autor que las palabras introductorias (pero el libro entero también, ¿quién lo duda?) son un “sentido homenaje a mi padre, a Ricardo y a mis profesores de primaria y secundaria, por haberme enseñado que la historia –la propia y la colectiva- no sólo hay que leerla, verla u oírla, hay que también tocarla y sentirla”. Una vez tocada y sentida, pienso yo, una vez palpados los mecanismos que explican lo complejo, trágico y maravilloso del ser humano, es difícil mantenerse con las manos limpias de grasa.